

el animo a muchos sucesos casi todos desabridos, y pocos de gusto. Resuélvete, pues, no ya á evitarlos todos, que seria un empeño tan ocioso como vano, sino á aprovecharte de todos para caminar al cielo. Sobre todo, guárdate bien de quejarte ó de murmurar de la divina Providencia: algun dia sabrás que nada te sucedió que no fuese dirigido á facilitarte tu salvacion.

2. Considerando los adversos acasos de la vida como señales que te da Dios de su particular amor, no solo no te has de quejar, sino que debes rendirle muchas gracias por ellos. Este contratiempo que te parece tan desgraciado, te era necesario para desprenderte del mundo y de la vida. Créeme que sola esta consideracion te podrá endulzar los trabajos, convirtiéndolos en grande provecho tuyo.

DIA DIEZ Y SIETE.

SANTA HEDWIGIS, VIUDA.

Santa Hedwigis, mucho mas ilustre por el resplandor de su virtud, que por la nobleza de su sangre, fué hija del principe Bertoldo, duque de Carintia, marqués de Moravia, conde del Tirol; y de Inés, hija de Rotlech, marqués del sacro imperio. Tuvo cuatro hermanos y tres hermanas; Inés, que fué la mayor, casó con Felipe Augusto, rey de Francia; la segunda con Andrés, rey de Hungría, y fué madre de santa Isabel; la tercera se consagró á Dios en religion, y fué abadesa de Lutzing en Franconia. Nació Hedwigis hácia el fin del siglo duodécimo, habiéndola dotado Dios de tan dichoso natural y de tal conjunto de prendas, que no parecia posible princesa mas cabal. A la elevacion de su nacimiento añadió tanta inocen-

cia y tanta pureza de costumbres, que la nobleza de su alma fué muy superior á la de su augusta sangre. Desde la misma niñez manifestó un juicio muy maduro, tan inclinada á la virtud desde la cuna, que parecia haber nacido ya cristiana. Siendo aun niña, dispusieron sus padres que entrase en el monasterio de benedictinas de Lutzingen para su mejor educacion; pero las monjas encontraron en ella mas asunto de admiracion que necesidad de cultivo ni materia de enseñanza. Eran todas las delicias de la santa niña pasar largos ratos en la iglesia, ó estar de rodillas delante de una imágen de la santísima Virgen; y aunque muy inclinada á la lectura, no hallaba gusto en otra que en la de libros espirituales y devotos.

Nunca la deslumbró el esplendor ni la grandeza de su casa; y si hubiera podido excusarse de obedecer á los principes sus padres, jamás hubiera abrazado otro estado que el religioso, donde fuera la mas humilde de las esposas de Jesucristo. Pero la providencia de Dios, que, para confundir los falsos pretextos del mundo, se complace en poner á su vista de cuando en cuando ilustres ejemplos de la mas elevada santidad en todos los estados, tenia destinada á Hedwigis para modelo de perfeccion en el del santo matrimonio. Contaba solos doce años cuando la casaron con el principe Enrique, duque de Silesia y de Polonia: con el nuevo estado descubrió nuevas virtudes. Luego que se dejó ver en la corte, se declaró por la piedad, y lejos de contemporizar con el espíritu del mundo, que tanto reina en aquellas, jamás reconoció otras obligaciones que las que autoriza la religion, ni otro mérito que el que se funda en la verdadera virtud; de manera que hacian mal su corte á la princesa los que se preciaban de mundanos.

Su primer estudio fué comprender el genio y las inclinaciones del duque su marido, para dedicarse á

servirle y complacerle. Logrólo tan perfectamente, que, ganándole el corazón para sí, se le ganó para Dios; y aprovechándose del amor que el duque le profesaba, consiguió hacerle uno de los mas cristianos y mas virtuosos príncipes de Alemania. Juzgó, y juzgó con acierto la princesa, que el medio mas eficaz para encontrar la propia salvacion era cuidar con el mayor desvelo de la cristiana educacion de sus hijos, considerando esta por una de las primeras obligaciones de su estado. Concedióle el cielo tres hijos y tres hijas: los primeros fueron Enrique, Boleslao y Conrado; las segundas Inés, Sofía y Gertrudis. Mientras estaba en cinta era una de sus devociones, consintiéndolo su marido, vivir en continencia todos los nueve meses, pasando aquel tiempo en cierta especie de retiro. Tenia distribuidas las horas del dia en la oracion, en devociones particulares, en leer libros devotos y en ejercitar obras de misericordia; siendo una de sus máximas que á la mayor elevacion de nacimiento correspondia mayor elevacion de virtudes, y que las personas que mas descollaban sobre las otras, estaban mas obligadas á la eficaz persuasion del buen ejemplo.

Habiéndose encargado ella misma de criar á sus hijos en las máximas mas puras de la religion y de la virtud, tuvo el consuelo de verlos á todos tan señalados por su ejemplar piedad, como por las demás grandes y nobilísimas prendas que los hicieron muy ilustres en todas las córtes de la Europa. Enrique su primogénito, y heredero de los estados del duque su padre, lo fué tambien de su virtud; tanto, que se mereció el renombre de *Piadoso*. No dedicó menos cuidado la virtuosa princesa á arreglar toda su familia y casa ducal; damas, señoras de honor, criadas y criados inferiores, todos vivian con regla, todo olia á virtud, y todo publicaba por cierto aire de religion y de

modestia la eminente santidad del ama á quien servian.

No podia verse sin mucha admiracion que una princesa jóven, adornada de todas las bellas prendas que tanto brillan en el mundo, en medio de una corte tan pomposa como lucida, adorada de un esposo magnífico y poderoso, estimada, respetada y aplaudida de todo el mundo, hallándose en lo mas florido de su edad, viviese mas como religiosa, que como soberana, pasando los dias en retiro y en ejercicios de austeridad y de penitencia. Pero lo mas asombroso fué que, despues de tener el sexto hijo, supo persuadir al duque su marido á que pasasen el resto de su vida en perfecta continencia, y los dos esposos hicieron secretamente este voto en manos de su obispo. Desde aquel dia, así el duque como la duquesa hicieron portentosos progresos en el camino de la perfeccion. Sintió Hedwigis inflamado su corazón con un nuevo incendio del divino amor; de manera que ya todos sus deseos, todas sus ansias, todos sus suspiros eran por el cielo, no considerándose ya sino como madre de los huérfanos, de las viudas y de los pobres. Todos los dias sustentaba un gran número de ellos en su palacio, y muchos camian á su mesa sirviéndoles ella misma la comida; de suerte que ya era dicho comun en la corte que la duquesa solo se divertia visitando los pobres enfermos en los hospitales. Persuadió al duque su marido que fundase á corta distancia de Breslau, capital de la Silesia, donde residian los dos, el grande y célebre monasterio de Trebnitz, que la santa duquesa entregó á las religiosas del Cister. Dotóle el duque ricamente, pero Hedwigis aumentó tanto sus rentas, que alcanzaban para mantener á mil personas. Eran recibidas en él todas las viudas y todas las doncellas que se querian consagrar á Dios. Al principio se contaban en la comunidad muchos centenares de mon-

jas, á cuyo frente estaba la princesa Gertrudis, hija de nuestra santa; y muy en breve fué aquel famoso monasterio escuela de perfeccion y asilo de la inocencia. Además de esto, hizo santa Hedwigis que se educasen en él muchas señoritas pobres y huérfanas, con otras muchas doncellas de inferior esfera, dando el hábito á unas, casando á otras, y proporcionando á todas medios muy oportunos para su salvacion.

Nunca habia gustado de galas; pero despues que hizo el voto de continencia, se vistió mas llanamente; de manera que ninguna mujer anduvo jamás vestida con mayor honestidad y modestia. Su ejemplo reformó muy en breve la vana profanidad de las señoras de la corte, como la ejemplar virtud del duque corrigió las costumbres y la conducta de los cortesanos. Pasaba Hedwigis lo mas del tiempo dentro del monasterio de Trebnitz en compañía de las religiosas, con que sin mucha dificultad pudo conseguir el beneplácito de su marido para tomar también el hábito, aunque sin hacer los votos; bien que observaba todas sus reglas con mas exactitud que las mismas religiosas. En nada quiso admitir la mas leve distincion. Abatíase á los mas humildes oficios, diciendo á las monjas: *Vosotras sois esposas de Jesucristo, yo no soy mas que una de vuestras criadas; con que, de obligacion me tocan estos menesteres.* En virtud de este dictámen, tomaba siempre el infimo lugar en el coro, en el refectorio y en todos los demás actos de comunidad; usando únicamente en esto del derecho que le daba el título de fundadora, ni jamás fué posible rendir su humildad á que admitiese otras preeminencias.

El tierno amor y el sumo agradecimiento que profesaba á Cristo crucificado le inspiraban un deseo tan encendido de padecer mucho por su amor, que costó trabajo á sus directores poner algunos límites al rigor

de sus penitencias. Siendo jóven, delicada y de flaca complexion, maceraba tanto su carne, que tocaba ya la raya de cierto inocente exceso. Ayunaba todos los dias á excepcion de los domingos y fiestas mas principales del año, y se prohibió absolutamente toda comida de carne. En una grave enfermedad le mandó el legado de la silla apostólica en Polonia que usase de todo género de alimentos: obedeció, pero aseguró despues que esta delicadeza habia ejercitado mas su paciencia que toda su dolorosa enfermedad. Los domingos, martes y jueves, comia pescado y leche; los lunes y sábados, legumbres solamente; y los miércoles y viernes, ayunaba á pan y agua. Ni de dia ni de noche se desnudaba un áspero cilicio que le rodeaba la cintura, y estaba todo teñido de sangre cuajada. Andaba con los piés descalzos por la nieve y por el yelo, cuyo rigor, abriéndoselos en grietas, descubria los sitios por donde pasaba, dejando en ellos ensangrentadas las huellas. La cama de respeto era correspondiente á su alta representacion; pero era de respeto y nada mas, porque ella no usaba de otra que de unos humildes sarmientos. Eran excesivas sus vigiliass; apenas descansaba dos ó tres horas, y levantándose á maitines, pasaba lo restante de la noche en oracion y en otras devociones, las que interrumpia para mortificarse con sangrientas disciplinas, de cuya fervorosa crueldad daban buen testimonio las paredes salpicadas de sangre. Si sus indisposiciones la precisaban á mitigar algo estos rigores permitiéndose algun alivio, admitia por cama un brazado de paja cubierta con una gruesa manta. Extenuóse tanto su cuerpo al continuado teson de una vida tan penitente, que parecia un animado esqueleto. Todas las mañanas oía cuantas misas se celebraban en la iglesia del monasterio, con tanta devocion, que la comunicaba á los mas indevotos: comulgaba con mucha frecuen-

cia, y sentia en la comunión aquellos dulcísimos consuelos con que regala el Señor á las mas fervorosas y mortificadas. Pero no hay virtud sobresaliente sin pesadas cruces, no hay santo sin grandes pruebas.

Conrado, duque de Kirne ó de Cirna, entró en las tierras del duque de Polonia Enrique, marido de nuestra santa: dióse la batalla, y en ella quedó este herido y prisionero. Sintió vivisimamente Hedwigis este desgraciado suceso; pero sin que por eso se alterase su tranquilidad, contentándose con decir á los que trajeron tan melancólica noticia que esperaba en Dios ver muy presto al duque restituído á su libertad y sano de sus heridas. Pero resistiéndose Conrado á poner en libertad al duque de Polonia, sin embargo de las razonables condiciones que se le propusieron para ajustar la paz, se vió precisado el jóven Enrique, primogénito de la santa, y heredero presuntivo de los estados, á levantar un poderoso ejército, para que hiciese la fuerza lo que no habia podido la negociacion. Horrorizada la piadosísima duquesa de la sangre que se habia de derramar, se determinó á pasar ella misma á la corte de Conrado á exponer su persona para salvar á los demás. Apenas la vió en su presencia el duque de Kirne cuando, apoderado de un respetuoso terror, y olvidado de aquella fiereza con que se habia mostrado inflexible, concedió á la princesa todo cuanto le pidió, se ajustó la paz, y puso en libertad al duque de Polonia. Murió este virtuoso duque poco tiempo despues, y todos admiraron la constancia, el teson y la superior virtud de la duquesa. Vióle espirar con ojos enjutos; y como las religiosas de Trebnitz mostrasen su excesivo dolor, explicándole en copiosas lágrimas, les dijo con una santa entereza: *Todos debemos recibir con humilde rendimiento, en vida y en muerte, las amorosas disposiciones de la divina Providencia.* Tres años des-

pues quiso tambien el Señor ejercitar la heróica constancia de Hedwigis con otra prueba no menos dolorosa en la muerte del duque Enrique el Piadoso, su hijo primogénito, que murió en una acción contra los Tartaros. Llególe al alma esta pérdida; pero la llevó con tanta resignacion y con tanta serenidad, que tuvo pocos ejemplares, acreditando lo muerta que estaba la duquesa á todos los desordenados movimientos de la carne y sangre. No obstante el grande estudio que ponía en ocultar á la noticia de sus hijas las extraordinarias gracias con que el Señor la favorecía y los celestiales consuelos con que la inundaba en la oración, no podían menos de dar bastante-mente á entender estos divinos favores sus dulces lágrimas, sus tiernos suspiros y sus amorosos impetus. Ni podía reprimir las lágrimas cuando se hablaba de Dios, ni otros podían reprimir las suyas cuando la oían hablar del amor de Jesucristo. Solo con oír pronunciar el dulce nombre de María, se bañaba de gozo su semblante. Favorecióla Dios con el don de milagros y de profecía, pronosticando el día de su muerte mucho tiempo antes de su última enfermedad; y aunque toda su vida fué una continuada preparación para aquella postrera hora, redobló su fervor cuando vió que se iba acercando. Mientras duró la enfermedad de que murió, le manifestó el Señor muchas cosas que jamás habia aprendido ni oído á persona humana. Quiso recibir los sacramentos cuando parecia que ya estaba buena; pero presto conocieron todos que estaba bien informada de la hora de su muerte, pues poco despues de haberlos recibido pasó tranquilamente al descanso del Señor el día 15 de octubre del año de 1243; habiendo vivido con cierta especie de milagro continuado cuarenta años enteros entregada á penitentísimos rigo-

res, que confunden sin excusa la delicadeza y la cobardía de las personas del mundo.

Fué enterrado su cuerpo en la iglesia del monasterio de Trebnitz con la pompa y con la solemnidad que era debida á tan santa como respetable princesa; y muy luego comenzó á hacerse glorioso su sepulcro por el número y la magnitud de sus milagros. Trabajóse sin cesar en los procesos de su canonización, que se celebró solemnemente el día 15 de octubre del año 1267, veinte y cuatro despues de su muerte, por el papa Clemente IV; y aun se asegura que, cuando el papa estaba celebrando la misa para canonizarla, suplicó humildemente á Dios que se dignase dar vista á cierta doncella ciega en testimonio de la santidad de Hedwigis, y que en el mismo punto cobró su vista la venturosa doncella. El año siguiente á los 17 de agosto fué elevado de la tierra el santo cuerpo, exhalando una suavísima fragancia, que llenó de admiración y de consuelo á todos los circunstantes. Encontráronse consumidas todas sus carnes, á excepcion de tres dedos de la mano izquierda, en que tenia asida una imagen de la santísima Virgen, que toda la vida habia llevado consigo. Murió con ella en las manos, y la apretó con los tres dedos tan fuertemente, que, no pudiéndosela arrancar, la enterraron también con ella. El papa Inocencio XI fijó su fiesta al día 17 del mismo mes.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cracovia, santa Hedwigis, duquesa de Polonia, de quien se habló el quince de este mes.

En Antioquia, san Heron, discípulo de san Ignacio, que, habiendo sido hecho obispo despues de él, siguió como piadoso imitador las huellas de su maestro, y

murió (en tanto grado amaba á Jesucristo) por el baño que le habia sido confiado.

Dicho día, el martirio de san Víctor, san Alejandro y san Mariano.

En Persia, santa Mameta, mártir, que, habiendo abandonado, por aviso de un ángel, el culto de los ídolos, y abrazado la fe de Jesucristo, fué apedreada por los paganos y arrojada en una honda laguna.

En Constantinopla, san Andrés de Creta, monje. Bajo Constantino Coprónimo, fué muchas veces azotado en odio del culto de las sagradas imágenes, rindiendo por último el espíritu al Criador, habiéndole antes cortado un pié.

En Orange de la Galia, san Florens, obispo, muerto en paz adornado de muchas virtudes.

En Capua, san Víctor, obispo, respetable por su ciencia y santidad.

Cerca de Castelnaudary en la diócesis de San Papul, la fiesta de las santas doncellas.

Este mismo día, santa Solina, venerada como virgen y mártir.

En el Nivernais, san Troe, confesor.

En Laon, santa Austruda, abadesa.

En Angers, san Lupo, obispo de aquella ciudad.

En Betania, cerca de Jerusalem, la fiesta de santa Marta, que tuvo la dicha de hospedar en su casa á Nuestro Señor.

Dicho día, el natalicio de san Aristion, uno de los setenta y dos discípulos.

En Egipto, el tránsito de san Juan el Licopolita, solitario.

Este mismo día, san Clemente de Lodi, presbítero.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente :

Deus, qui beatam Hedwigem à sæculi pompa ad humilitatem tuæ crucis sequelam toto corde transire docuisti : concede. ut ejus meritis et exemplo discamus perituras mundi calcare delicias, et in amplexu tuæ crucis omnia nobis adversantia superare. Qui vivis et regnas...

O Dios, que enseñaste á la bienaventurada Hedwigis á renunciar de todo su corazon las pompas del mundo por seguir con humildad el camino de tu cruz, concédenos por sus merecimientos que á ejemplo suyo aprendamos á menospreciar las perecederas delicias de este siglo, y á vencer por tu amor todas las adversidades de esta vida. Que vives y reinas...

La epístola es del capítulo 31 de los Proverbios.

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longè portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum : de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudinæ lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotia-

¿ Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien y no con mal todos los dias de su vida. Buscó lana y lino y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad y la compró, y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico : su candela no se

tio ejus : non exstinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis : omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi : byssus, et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudabit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias : tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo : mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum : et laudent eam in portis opera ejus.

NOTA.

« Muchas veces se ha dicho que la Iglesia llama *libros de la Sabiduria* á todas las obras de Salomon. La epístola de hoy se sacó del capítulo 31 de los *Proverbios* de este monarca; pero el nombre de *Proverbios*

apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí allombras, lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió; y dió un cingulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada. tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza : la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

no se debe entender aquí en el sentido trivial: en este lugar quiere decir una coleccion de sentencias, de máximas, de lecciones breves é instructivas, escritas en estilo conciso y sentencioso. »

REFLEXIONES.

¿Quién hallará una mujer fuerte? es decir, una mujer de juicio tan sentado, y de tan despejada capacidad, que no se deje deslumbrar de las brillantes que tanto encantan á los de poco entendimiento: de tanta penetracion, que conozca la extravagancia de una moda, la vanidad lastimosa de una gala, la caduca duracion de una fortuna brillante, el veneno y la malignidad de las máximas del mundo; de tanto valor y de tanto espíritu, que desprecie generosamente todo aquello que no da mérito alguno; y en fin, de tanta religion y de tanta cordura, que dedique su estimacion solamente á la virtud? Esta es aquella mujer que con tanta razon dice el Espiritu Santo ser muy rara, verse pocas veces en el mundo; pero no deja de causar admiracion que sea tan rara una mujer de este carácter. Hay muchas mujeres (¿quién lo puede negar?) de grande entendimiento: encuéntranse no pocas de rara penetracion, de un ingenio noble, sólido, comprensivo y elevado: imbuidas en máximas muy cristianas, y de una generosidad que parece muy superior á su sexo; sin embargo, aun entre estas mismas son bien pocas las que no se dejan deslumbrar de un falso, de un aparente resplandor; pocas las que no pretenden hacer mérito de la hermosura; y son todavía menos las que no tengan pasion por las galas, por mil fruslerías y por mil femeniles bagatelas. Ejerce la vanidad un imperioso, un despótico dominio sobre el entendimiento, no menos que sobre su corazon. Dominalas el deseo de

sobresalir y de brillar: ¿cuál suele ser la materia de sus mas ingeniosas conversaciones? una moda, un tocado de nueva invencion, un peinado, un abanico, una tela, un vestido, una librea, un mueble: estos suelen ser los asuntos que se tratan en sus largas, en sus brillantes visitas. Por lo comun, no hay cosa mas ridicula, de menos sustancia, ni mas digna de risa ó de compasion que sus interminables conversaciones. Bien se puede decir que el carácter de esos celebrados ingenios es emplearse eternamente en lo mas vano y en lo mas inútil de la vida; pero ¿de qué principio provendrá un trastorno tan extraño y tan universal el dia de hoy? A la verdad, la educacion puede contribuir mucho á envilecer ó á debilitar unos entendimientos que serian sólidos naturalmente; pero tambien la razon y la reflexion serian muy bastantes para corregir los defectos de la educacion. El verdadero origen, pues, de este trastorno, es la falta de virtud. Una vez que se apoderó del entendimiento y del corazon de una mujer el espíritu del mundo, deja poca libertad á la razon y á la religion. Luego que una alma comienza á ser mundana, inmediatamente se hace poco cristiana; y desde aquel punto el entendimiento, la capacidad, el juicio, el corazon, la cordura, las máximas mas verdaderas y mas sólidas, todo en ella degenera. ¿Quieres hallar una mujer fuerte, es decir, cuyo mérito sea verdadero, y que ella misma sea verdaderamente respetable? pues busca una que sea verdaderamente virtuosa, verdaderamente cristiana, que coloque todo su mérito en cumplir con las obligaciones de su estado. El retrato de esta mujer, hácele la epistola de hoy, y el modelo de ella fué santa Hedwigis. El temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría, debe ser, dice el Sabio, como la basa y el cimiento de todas sus bellas prendas. El cuidado

de vivir bien con el esposo que el cielo le destinó, y de conservar la union y la paz en la familia, ha de ser una de sus principales ocupaciones; la vigilancia sobre su casa y la aplicacion á mantener en ella el órden y buen gobierno, todo su estudio. Desengañémonos, solo será mujer de mucho mérito la que fuere mujer de mucha virtud.

El evangelio es del capítulo 13 de san Mateo, y el mismo que el dia VIII, pág. 194.

MEDITACION.

CUÁNTO SE DEBE TEMER EL ESTADO DE TIBIEZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay estado de que sea mas dificultoso salir que del estado de tibieza. Para salir de un estado peligroso á la salvacion, es preciso conocer, lo primero que efectivamente está el alma en aquel estado, y lo segundo su peligro. Pues esto es puntualmente lo que el alma tibia no conoce. El pecador que notoriamente está como anegado en los mayores desórdenes, sin dificultad conoce el lastimoso peligro en que vive. Hay ciertos momentos venturosos en que á favor del menor rayo de la gracia descubre en su pobre alma tan monstruosas deformidades, que él mismo es el primero en llorar su infelicidad; y esta humilde confesion, este saludable conocimiento hace menos dificultosa su conversion. Pero al alma tibia siempre le falta este socorro; porque nunca se persuade que está en el estado de tibieza. Bien se puede decir que ya no está en él cuando comienza á conocerlo; porque este conocimiento siempre es hijo del

fervor; y esto es justamente lo que hace dificultoso el que una alma tibia vuelva sobre sí. ¿Por dónde se le ha de persuadir que está en este lamentable estado, si el primer efecto que causa la tibieza es la ceguedad? Como la tal alma solo se fué relajando poco á poco, tambien se fué poco á poco familiarizando con el pecado hasta que hizo costumbre de sus faltas, y en fin, llega á saborearse en ellas. En semejante estado nada le hace fuerza, y de nada desconfia. Nunca descubre en sí cosa nueva que la escandalice. Cáese en la tibieza sin omitir ninguno de los ejercicios espirituales acostumbrados; antes bien la tibieza, por lo comun, tiene su origen en aquellas imperfecciones que insensiblemente se van como resbalando en estos mismos ejercicios. Ocúltase uno á sí propio muchos defectos reales y verdaderos bajo la apariencia de una virtud superficial; y esto es lo que hace casi incurable el mal. El mismo Dios que hace tanto ruido para despertar la modorra del pecador, parece como que calla, y como que en cierta manera guarda el sueño al alma tibia, como si quisiera dejarla morir en el letargo. *Yo comenzaré á vomitarte poco á poco*, dice el mismo Dios. *Yo comenzaré*, como quien dice, no te vomitaré de golpe, sino poco á poco, sin ruido, sin estruendo, insensiblemente; de suerte que esta pobre alma se halla, digámoslo así, condenada y reprobada sin conocerlo, sin ofrecérsele la menor desconfianza sobre el infeliz estado en que se ve. Pues ¿en qué se ha de fundar la esperanza de que querrá salir de él? Buen Dios, ¡hay en el mundo estado mas digno de temerse!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la desgracia de una alma tibia es tanto mayor cuanto en aquel lastimoso estado los